

EL CAZADOR

Pilar Dughi



En otros tiempos, antes de que el partido iniciara la guerra, su padre le había contado cómo se navegaba por el río grande. Se visitaban pueblos y aldeas, se comerciaba con la cosecha de papas y de yucas. Los botes eran grandes y transportaban cocos y plátanos arracimados. Arroz, maíz, café, cacao, sal, gallinas y ganado. Así era el reino de la abundancia que llegaría algún día y del que hablaba el partido. Ello era lo que las masas esperaban.

Aunque Darwin ocultaba sus emociones, esta vez su dinamismo apenas podía encubrir los deseos que tenía de regresar al campamento. Impaciente y ágil, trepaba más rápidamente que cualquiera. Aquello no escapó a la observación de Rolando, que conocía a cada uno de sus hombres. Darwin sabía que si reía lo acusarían de estar alegre porque presentía que vendría la patrulla. Si mostraba tristeza, lo tildarían de futuro traidor que tenía en mente escaparse. No ajeno a la mirada curiosa de Rolando, trató de medir sus gestos y recuperó prudencia.

La caminata de regreso fue larga y agotadora porque se habían acabado las provisiones. Lo peor de todo era que regresaban sin caza ni pesca. Uno de los hombres sugirió detenerse en un riachuelo para conseguir cangrejos. Apenas lograron pescar algunos boquichicos, que comieron inmediatamente. Aquello les permitió recobrar energías para llegar al campamento.

El presidente del comité de organización de la masa no permitía que la gente hablara en grupos de más de dos personas. No era correcto conversar cosas al margen del partido. Los comentarios y pensamientos siempre se expresaban en las reuniones de formación, estos últimos ya estaban integrados a la Fuerza Principal. Esta era una columna militar que tenía sus propias directivas y organización. Cuando los padres cometían alguna infracción, los hijos ya no podían intervenir. No había relaciones familiares en el partido. Pero esta vez Darwin se las arregló para acercarse a su padre a la hora de la comida. Apenas cruzó algunas palabras, pero acordaron encontrarse al día siguiente en un claro cerca del puquio que los surtía de agua. Lo harían cuando la luna estuviese todavía en lo alto, cuando Darwin saliera a hacer el cambio de guardia con los centinelas.

Se habían cumplido cinco años desde el día que su padre llegó con él al campamento del partido. Entonces vivían en Primavera, una comunidad en donde tenía una chacra, patos y gallinas. Un día abandonaron las tierras y caminaron una semana monte adentro. Llegaron al campamento y Darwin se incorporó con los otros niños a la Escuela de Cuadros. Desde entonces su padre se separó de él y los mandos le enseñaron los libros y las directivas del partido. Aprendió a cantar los himnos y a entrenarse para el combate. La vida era una guerra hasta que todas las cabezas negras cayeran y llegara la nueva sociedad. La Fuerza Principal era la columna de combatientes destinada a conducir las masas a la victoria. Cuando él cumpliera los doce años, pasaría a ser parte de la Fuerza Principal. Su padre era miembro de la masa como la mayoría de hombres y mujeres adultos del campamento. Los mandos entrenaban a los cuadros jóvenes para convertirlos en soldados. Él había aprendido a manejar fusiles ligeros, armar y desarmar las granadas que hurtaban a los enemigos, husmear los rastros en el monte a través de las ramas quebradas y las huellas en el barro.

Durante las horas siguientes, apenas durmió esperando que clareara el día. Sabía que de todas maneras podría morir, si no en la huida, tal vez cuando se entregase a la base militar. Quizá lo golpearían y torturarían. Pero si se quedaba, también moriría tarde o temprano. Desde que la idea de escapar había sido mencionada por su padre, Darwin había experimentado una sensación extraña de vergüenza y temor, pero, luego, poco a poco, había terminado por aceptar que era traidor. Ya había traicionado al partido con solo desear huir. Pensaba en Shoreni u juzgaba que los mandos estaban en un camino incorrecto. Ya no sabía exactamente qué era lo correcto o lo incorrecto. Tampoco si hacía bien en escuchar a su padre, que era de la masa, cuando él sabía desde mucho tiempo atrás que la masa no era combatiente. Pero comprendía que sin radio y sin comida pronto serían asediados por las patrullas del Ejército, y los débiles y enfermos serían rematados por los mandos. Nunca se había enfermado, pero ya había experimentado el miedo y la promesa del río grande había terminado por convencerlo. Ver aquella infinita superficie de agua lo condujo a pensamientos antiguos, imágenes de muchos hombres y mujeres caminando en carreteras, cruzando valles, arreando ganado. Estampas que recordaba de su infancia y que ahora aparecían con sorprendente intensidad.

Al día siguiente, formó la hilera acostumbrada, entonó los himnos y acudió a la guarida de vigilancia, que era el puesto al que estaba destinado. Lo hizo con gusto porque sabía que sería la última vez. Ya no volvió a ver a su padre, pero estaba preparado para encontrarse con él.

Todas las madrugadas, cuando aún no había clareado el día, la masa formaba columnas disciplinadas y entonaban los cantos del partido. Luego, los hombres y mujeres se dedicaban a sembrar, pescar y a la preparación de los alimentos. Los niños acudían a la escuela hasta el momento en que todos se reunían para compartir la comida. Ahí se leían en voz alta las cinco tesis filosóficas del camarada Mao mientras se comía en silencio. La disciplina era la principal enseñanza del pueblo y cualquier infracción habría sido corregida. Ellos tenían la sabiduría de las masas que el enemigo desconocía. A veces, de noche, cuando todo era negro, los centinelas daban la voz de alerta y, a una orden del mando militar, eran despertados y abandonaban el campamento. Era el peligro de la patrulla.

Al final de la jornada regresó a su cabaña y durmió profundamente. Confiaba que la guardia de relevo lo despertaría como ocurría cuando le tocaba la vigilancia nocturna. Pero esta vez los rayos del amanecer le abrieron los ojos. No lo habían ido a buscar. Se levantó sigilosamente entre los compañeros que aún dormían y salió con su atado. No sabía qué había pasado, pero ya no tenía tiempo para averiguarlo. Su padre lo estaría esperando en el manantial y, apenas fuera descubierto, ambos serían muertos. Por la intensidad de la luz calculó que muy pronto saldría el sol.

Cuando llegó al puquio, su padre no estaba. Buscó el lodazal y encontró las huellas. Cansado de esperarlo, había partido. Darwin inició una larga caminata hacia la cima de una meseta que no conocía bien. Ahí esperó hasta que le sol brillara en lo alto. Su padre no daba señales por ninguna parte. Supo que no podía esperar más. Tampoco podría regresar jamás al campamento. Ya era un traidor.